

V. págs. 4, 5, 7, 9, 13, 21, 22, 24, 27 y 31.

FM-3760

Higienización de Madrid

Dr. FEDERICO MONTALDO

MÉDICO HIGIENISTA

4 Marqués Ensenada

TEL. 1211.

MADRID

CONFERENCIA

PRONUNCIADA EN EL «CENTRO INSTRUCTIVO DEL OBRERO»

EL DÍA 28 DE MARZO DE 1903

POR EL DOCTOR

Federico Montaldo

Médico higienista, etc., etc.

(Tomada en taquigrafía por el señor Díaz Pensabene, profesor de la asignatura en dicho Centro)


MADRID

IMPRENTA DEL ASILO DE SANTA CRISTINA

Paseo de la Moncloa.—Teléfono 3103

1903

Higienización de Madrid



CONFERENCIA

PRONUNCIADA EN EL «CENTRO INSTRUCTIVO DEL OBRERO»

EL DÍA 28 DE MARZO DE 1903

POR EL DOCTOR

Federico Montaldo

Médico higienista, etc., etc.

(Tomada en taquigrafía por el señor Díaz Pensabene, profesor de la asignatura en dicho Centro)



MADRID

IMPRENTA DEL ASILO DE SANTA CRISTINA

Paseo de la Moncloa — Teléfono 3103

1903



827 3112

Ayuntamiento de Madrid

Higiene de Madrid

CONFERENCIA

PROFUNDIZADA EN EL CENTRO INSTRUCTIVO DEL OBRERO

EL DÍA 28 DE MARZO DE 1903

POR EL DOCTOR

Federico Montalvo

Médico higienista, etc., etc.

(Se publica en el Centro Instructivo del Obrero)

MADRID

IMPRESA DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

En la imprenta de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales



COMPAÑEROS Y AMIGOS:

Permitidme que empiece con este alarde de inmodestia, honrándome dándoos estos dos nombres que constituyen para mí otros tantos títulos de nobleza, y permitidme también que os felicite por la plausible iniciativa de nuestro ilustre Presidente, tan fecundo siempre en ellas, disponiendo esta serie de brillantes conferencias sobre asuntos de general utilidad, encomendándolas á personas de notorias ilustración y competencia, como lo fueron y serán cuantas me precedieron y han de seguirme en este honroso puesto, siquiera en la ocasión presente la felicitación haya de atenuarse, hasta perder su razón de ser; pues los hechos, por mi mal, no corresponderán ni á la noble intención suya ni á los inmejorables deseos míos, ya que acostumbrado yo, lo confieso sin fingida modestia, al estudio práctico de la especialidad que cultivo casi exclusivamente hace años, la Higiene, me considero con aptitudes para la acción, tanto como desprovisto de cualidades para dar lecciones orales, de cuya eficacia, por otra parte, en esta materia, desconfío muchísimo; es decir, que estoy dedicado á la Higiene, y mi historia profesional lo prueba, siguiendo la propaganda por el hecho, no por los dichos, convencido de que aquí hay que hacer una revolución en materia de higiene pública y que hasta los procedimientos anarquistas me parecen lícitos para acabar con el caos hoy existente, que tantas vidas y tantos sonrojos nos cuesta: yo temo, ó mejor dicho, espero, que llegará un día en que nuestra legendaria apatía nos llevará á extremos tan dolorosos, que se impondrá y hará violentamente la reorganización sanitaria de que tan necesitada se halla España y su capital Madrid. La cuestión es que se haga, sea como sea.

Tengo, pues, que repetiros, al ocupar este sitio, que desconfío de la eficacia que puedan tener los procedimientos orales, tanto más cuanto que poco avezado á los ejercicios oratorios, ni aún me está permitido esperar el éxito inmediato á que tienen derecho las palabras elocuentes y que es el único, muy halagador pero muy pasajero, que van consiguiendo ya los discursos entre nosotros, ahitos de ellos y ansiosos de realidades, cansados con razón sobrada de leyes que no se acatan, de proyectos que no se cumplen y de promesas que se olvidan; pero obedecer es amar, y yo que amo al señor Aguilera con sincero afecto, nacido de la gratitud y sostenido por las repetidas muestras de consideración con que siempre me ha honrado, entre las que debo citar ahora, y me es grato hacerlo, la de incluir mi nombre oscuro en la lista de ilustres conferenciantes que se han sentado ó sentarán aquí; que amo también á este Centro, por los altos fines sociales que con tan plausible perseverancia cumple, venzo gustoso todos mis escrúpulos y no sólo obedezco ocupando este puesto, que únicamente así me atrevería á ocupar, sino que también por obediencia voy á tratar de un tema, interesantísimo, muy vasto, de importancia inmensa, vital para esta Corte, muy propio de las extraordinarias dotes que concurren y admiramos todos, en nuestro digno Presidente, que es quien lo ha elegido; pero excesivo para los límites de un acto como el presente y, sobre todo, para las condiciones personales, de inteligencia y de palabra, que concurren en el encargado de desarrollarlo ante vosotros, hablándoos sobre «HIGIENIZACIÓN DE MADRID.» Tal es el tema.

En España, señores, todas las cuestiones relativas á Higiene pública, hasta aquellas que parecen mas sencillas y elementales, tropiezan siempre con dos series de obstáculos que aun cuando de distinto orden suelen unirse para matarlas en germen, ó si no matarlas, demorarlas y hacer al menos que se las considere insolubles, eternizándose así entre nosotros los hondos males que sólo la higiene puede corregir, como vá consiguiéndose ya por su aplicación constante en todos los demás países cultos, incluso en naciones de menor importancia que la nuestra, donde se obtienen verdaderos progresos é importantes resultados positivos, mientras que aquí nos agotamos en tentativas y en preparativos que jamás se realizan.

Las dos series de obstáculos que he indicado nacen: los primeros,

de la noción inexacta que aquí tenemos en general de la Higiene, por efecto de su enseñanza defectuosa é incompleta y de su práctica deficientísima: ni en las escuelas, ni en los Institutos, ni en las Facultades, ni después, se *estudia* Higiene; proceden los segundos de la manera peculiar y especial que tenemos los españoles de entender el problema económicosocial, sin querer enterarnos de que la riqueza y el poderío de las naciones, dependen en primer término del aumento de población y de la robustez de los individuos, siendo reproductivo á plazo fijo y breve cuanto se gaste en lograr estos fines, que son también, como sabéis, los primordiales de la Higiene.

Todos los demás países, lo entienden ya de otro modo, que es entenderlo mejor: y sin entrar en detalles, que serían ahora inoportunos, baste decir que desde Portugal hasta Alemania, — y cito á Portugal ántes porque no hay razón para nombrar siempre el último á nuestro simpático vecino, que tanto puede enseñarnos en materia de sanidad pública; — desde Portugal hasta Alemania, tienen instituciones y cursos prácticos de higiene experimental, con patentes especiales ó títulos de suficiencia técnica, para médicos, arquitectos é ingenieros y veterinarios, no habiéndolos para farmacéuticos porque eso del boticario higienista oficial, es una fruta puramente española y hasta pudiera decirse que puramente madrileña, prueba fehaciente de la desorganización sanitaria en que vivimos, pues el título de higienista es complemento y especialización práctica de los conocimientos adquiridos en determinadas carreras, cuyos profesionales pueden ejercer influencia y tener responsabilidad en asuntos de salud pública, como son las citadas antes; pero nunca, ni en ninguna parte, los boticarios... ni los abogados, ni los curas.

Además, en todas las naciones existen leyes generales del Estado, según las cuales éste ha de intervenir de una manera normal, eficaz y directa en iniciar, fomentar y costear en mayor ó menor escala, obras rústicas y urbanas de saneamiento é higiene, incluso en la naciente República cubana, en cuya capital, gracias á una administración sanitaria organizada ya á la moderna, hace dos años que apenas ocurren casos de aquella terrible fiebre amarilla que mató tantos miles de españoles, y seguiría matándolos si la Habana fuese española todavía...

Y así tenemos, como consecuencia ó aplicación práctica de esas

deficiencias, que mientras en todas las grandes ciudades y en las naciones civilizadas, fluctúa la mortalidad anual de un 18 á 25 por 1000, en Madrid y en España, donde no se practica nada de lo expuesto, hemos de lamentar un 37 y un 30, respectivamente, de mortalidad; lo cual supone unas 200000 víctimas por año, sacrificadas miserablemente á nuestra indiferencia ó á nuestra ignorancia ante la Higiene.

Pero dejemos á un lado esto de las estadísticas alarmantes, de que tanto se ha abusado y abusa, barajando sin tón ni són los miles de muertos aquellos *víros* que, por razón de sus cargos y atribuciones oficiales, más que de hacer la competencia al sepulturero de «*atétrica mirada*», inmortalizado por Espronceda, «*machacando cráneos*» y poniéndonos los pelos de punta, debieran ocuparse en suprimir ó neutralizar causas de mortalidad, que bien conocidas son todas y fáciles de corregir muchas y nadie las corrige sin embargo; dejemos eso de las listas de muertos para aquellos tratados de demografía y estadística que se forman para servir de base y justificación á las medidas, alguna vez violentas, que aconseja ó aplica el higienista, y para aquellos otros en que sus autores quieren demostrar las ventajas ó inconvenientes de acciones ú omisiones determinadas.

No vamos á eso; aquí se trata ahora del problema de la higienización de Madrid y para tratarlo no necesito traer á colación el número de muertos, sino que basta á mi propósito actual, como bastará seguramente también á vuestro convencimiento, basado en los hechos que de continuo presenciamos todos, decir que la higienización de Madrid tal como hoy la vemos, es deficientísima y exige una radical reforma, pues sea el que sea el número de las defunciones, aunque las ventajas geológicas, climatológicas y otras naturales de que goza esta capital lo disminuyan, siempre resultará excesivo por las causas de mortalidad artificiales que nuestra secular incuria amontona, que son evitables y que deben evitarse por medio de la higienización, pues apesar de tan favorables condiciones climatológicas vivimos bajo una constante amenaza latente que se manifiesta con demasiada frecuencia en epidemias mortíferas y en una mortalidad infantil constante verdaderamente aterradora, que se recrudece á menudo con cualquier motivo, con una sequía prolongada ó con lluvias excesivas y otros mil por el estilo. Prescindamos, pues, de manosear las socorridas estadísticas obituarías, siempre espeluznantes, aunque no siem-

pre convincentes ni fidedignas, y vamos á entrar de lleno en la exposición sumaria de los medios que á nuestro entender podrian emplearse para disminuir el contingente de enfermedades y de muertes evitables, sean éstas las que sean, objetivo supremo de la higiene pública.

La «Higienización de Madrid», como todos los asuntos de higiene pública práctica en España, está encomendada á los Ayuntamientos, por una ley de aquellas de que hablaba antes, que no se acatan, *ni pueden acatarse*, al menos en ese punto; por la Ley Municipal vigente, de 2 de octubre de 1877, y este es el primer error gravísimo en que se incurre; en el artículo 72 de esa Ley, tropieza y encalla todo propósito serio de saneamiento y de reorganización sanitaria. Dice así,

«Es de la exclusiva competencia de los Ayuntamientos, el arreglo y ornato de la vía pública, la comodidad é higiene del vecindario, el fomento de los intereses materiales y morales y la seguridad de las personas y propiedades.» Y después, en puntos aparte, les encomienda: «la apertura y la alineación de las calles, empedrado, alumbrado y alcantarillado; el surtido de aguas; el establecimiento de bañeros, lavaderos, mercados y mataderos; el cuidado de la vía pública en general y la limpieza, higiene y salubridad del pueblo.»

El articulito en realidad es una alhaja y ved, señores, cómo el legislador sale del paso, enumerando de carrerilla todo, cuanto puede tener relación con la higiene y el saneamiento de las poblaciones; lástima grande que se olvidase de dar al propio tiempo los medios de cumplirlo, dejando á los Ayuntamientos faltos de recursos y de atribuciones para ello é incurriendo en una omisión, tanto más sensible, cuanto más importantes son las poblaciones y más caras, á la vez que más indispensables, por consiguiente, las obras necesarias de higienización y entretenimiento, como ya lo han hecho notar varios personajes, Alcaldes presentes ó presuntos, aunque sin conseguir ninguno nada positivo. Ese artículo es, por lo tanto, el escollo mas insuperable para todo adelanto higiénico, la causa principal de nuestro atraso en la materia, pues llegan á la Casa de la Villa los Alcaldes y los Concejales, animados de los mejores deseos, se encuentran con ese artículo que les seduce y les deslumbra, quieren hacer algo y hacerlo pronto, en el breve tiempo que dura el ejercicio de sus poderes;

y emprenden muchas cosas sin concluir ninguna, ya que ni tiempo tienen de madurar un plan completo, y gastan los presupuestos anuales en parches y remiendos, sin orden, ni concierto, ni método permanente alguno, por carecer de tiempo, atribuciones y recursos. Así vemos que unos se dedican con ardor á sustituir pavimentos, que otros se entregan con afán á obras de ornato, que todos, en una palabra, sufren la obsesión del famoso artículo 72 y que con óptimos buen deseo y voluntad, que soy el primero en reconocerles, tratan de hacer algo, y algo hacen; pero que la verdadera higienización de Madrid adelanta entretanto poco, si es que algo adelanta, porque falta un plan bien pensado, aceptable siquiera, de urbanización é higienización de la capital, que es lo primero que se necesita y lo que se ha hecho para empezar, en todas las grandes poblaciones que seriamente han querido higienizarse á la moderna.

No sería, no es justo, mejor dicho, culpar como se hace íntegramente, á los Alcaldes y á los Municipios de nuestro lamentable atraso en punto á higienización urbana, mientras subsista en la Ley ese funesto artículo 72; seductor y engañoso, ni lo sería tampoco echar toda la culpa al legislador del año 1877, en que la higiene de las grandes poblaciones era poco conocida, sobre todo en las naciones latinas y menos en España, como lo demuestra el texto mismo de la Ley hablando del *alcantarillado* como la última palabra en materia de desagües urbanos, cuando hay muchos mas baratos, cómodos é higiénicos que las clásicas alcantarillas; y de *empedrado* como el sumo de la perfección en pavimentos, cuando sabemos que desde el punto de vista higiénico, uno de los peores pavimentos es precisamente el empedrado, aunque en esto, como en casi todo, no convenga obrar con precipitación y ligereza; en Madrid, por iniciativa plausible en principio, y *personal*, de uno ó varios alcaldes, pues no es posible creer que se haya tenido en cuenta ningún dictamen técnico; se han colocado muchos metros cuadrados de un pavimento higiénico cual lo es el asfalto, pero como no se tuvo en cuenta que aquí falta una canalización previa adecuada y subterránea, para la conducción de cañerías, cables, etc., resulta que continuamente hay que estar abriendo calas y zanjas en el asfalto, convirtiéndose por ende éste en un motivo nuevo de perturbaciones y contrariedades higiénicas, en lugar de ser ventajoso para nada.

Pero lo que hoy no sería justo todavía, lo será muy pronto y hasta necesario, por que si los Ayuntamientos con los Alcaldes á la cabeza, y los legisladores en unión de los Gobiernos, no se deciden á procurar las reformas necesarias, no sólo serán culpables sino dignos de las censuras mas severas, que no dejarán de caer sobre ellos como primeros responsables, y únicos, de los males inmensos que del estado actual de cosas se derivan y que ya ván siendo conocidos de todos, así como sus remedios, porque estas cuestiones de higiene pública interesan á todos y sus conocimientos ván entrando en el dominio de la masa general; es evidente la necesidad de las reformas sanitarias é higiénicas y no valen ya excusas para aplazarlas ó hacerlas mal, fundándose como antes los encargados de realizarlas en dudas sobre el éxito ó en falta de noticias positivas á que atenerse; ya hoy existe doctrina abundantísima y datos prácticos muy convincentes acerca de estos extremos y aquí mismo tenemos una obra especial que compete, si no las supera, con las mejores que haya escritas referentes á otras capitales: me refiero á la titulada «Madrid desde el punto de vista medicosocial», cuyo segundo tomo acaba de ver la luz, y la cito con muchísimo gusto aún á riesgo de herir la modestia de su ilustre autor, el sabio doctor Hauser, que me dispensa la honra de escucharme desde esos bancos.

Hoy por hoy, pues, ni á Municipios, ni á Gobiernos y legisladores puede, ni conviene, decirseles mas que esto: que se aproxima el día en que el público, cada vez mas convencido é ilustrado, les exigirá estrechas responsabilidades por su apatía en mejorar las condiciones higiénicas del país, empezando por las grandes ciudades, y que si no quieren aparecer como culpables dignos y merecedores de las más severas sanciones, deben empezar por procurar la derogación de ese funesto artículo 72 de la vigente Ley municipal, sustituyéndolo por de pronto con decretos ó disposiciones legislativas parciales y viables, mientras se promulga, en lugar de aquella, una Ley de Higiene pública, como la tienen ya con distintos nombres todas, absolutamente todas, las naciones cultas, menos España, que satisfaga las múltiples exigencias, así higiénicas como administrativas y económicas, de las grandes obras públicas de saneamiento, y en la cual sea el Ayuntamiento lo que debe ser: una parte, una rueda, de la administración sanitaria, dependiente ésta del Estado, y regida por él. Esa deroga-



ción, con la sustitución consiguiente, parcial ó total, es el primer paso indispensable para cualquier intento serio de higienizar Madrid á la moderna.

Entónces, cuando se consiga eso, los Ayuntamientos todos, incluso el de la Corte, con la garantía del Estado, sometiéndose al consejo tranquilo, metódico y razonado de personas competentes y *razonables*, bien elegidas y retribuidas, que presenten un plan completo de reformas, podrán emprender grandes obras de saneamiento é higienización, que duren muchos años y cuesten muchos millones, como lo hizo Buenos Aires, que es de las grandes ciudades tal vez la mejor saneada hoy día, y lo están verificando otras muchas poblaciones, algunas muy pequeñas y muy pobres, pero que se rigen por leyes que les permiten intentar y realizar lo que en Madrid es cosa completamente imposible con la legislación vigente; así, en estas condiciones, con esas garantías económicas por parte del Estado, y técnicas por el consejo razonado de personas competentes, el Ayuntamiento de Madrid vería llegado el caso de contratar un empréstito ó de comprometer el pago escalonado de varios millones, que desde luego el vecindario mismo se apresuraría á satisfacer con sus capitales, animado por la íntima confianza de que en esta forma podría ser un hecho la higienización de Madrid, por la que tanto suspiramos, siquiera no veamos, ó no se quiera ver, la única manera práctica posible de lograrla.

En Inglaterra, y voy á exponer, señores, este ejemplo, tomado de la nación maestra en asuntos de sanidad y en otros muchos, la cuestión del saneamiento de las grandes poblaciones empezó á preocupar hondamente á la opinión pública allá por los años de 1830 á 37, cuando se vió los estragos que causaba en ellas la epidemia de cólera reinante y cuando esa cuestión, como en general todas las de Higiene, puede decirse que apenas ocupaban y menos preocupaban á nadie en el resto de Europa; al efecto de estudiarla y de proponer soluciones, nombróse una comisión mixta, compuesta de funcionarios é individuos del Parlamento, y de personas técnicas peritas bien retribuidas por el Estado, que ahí está el secreto de que las comisiones den allí, y en otros países, los resultados apetecidos que aquí rara vez ó nunca se consiguen, aunque ellas aquí y en todas partes constituyen el único procedimiento práctico para llegar á fines útiles; aquí, estamos

materialmente plagados de comisiones, y hasta de altos Cuerpos consultivos, «honoríficos y gratuitos», los cuales, naturalmente, no dan ni pueden dar frutos sazonados y aprovechables, porque en tésis general, los hombres que estudian y trabajan no son ricos, sino que trabajan para vivir y han de emplear el tiempo y la inteligencia en labores remuneratorias, por lo cual, teniendo en cuenta esta verdad, que es clara como la luz meridiana, en Inglaterra y en casi todas partes ya, cuando se quiere una comisión ó un Cuerpo consultivo útiles, se buscan personas de reconocida competencia en la materia y que se hallen en el pleno uso de sus actividades físicas é intelectuales, y se les paga para que se dediquen exclusivamente al trabajo especial que se les encomienda; y así resulta que las comisiones nombradas en esta forma dan resultados notabilísimos, completamente distintos de los que suelen obtenerse de las muestras, que tan desacreditadas están y no siempre por falta de aptitudes en sus individuos, sino por los viciosos procedimientos que seguimos para formarlas y sostenerlas.

El caso es que aquella, constituida en Londres, estudió á fondo el asunto sometido á sus deliberaciones y emitió un luminoso informe, tan luminoso que él fué la base de la primera ley ó *acta* de Salud pública, votada por el Parlamento inglés en 1848, perfeccionada con la de 1875, cuyo capítulo 3.º contiene once puntos referentes á higiene pública moderna, y que incesantemente han venido mejorándose con adiciones y reformas, á medida que los adelantos en materia de higienización y de sociología y los nuevos descubrimientos de los hombres de ciencia, en las diferentes ramas de ésta, han autorizado las adiciones y los perfeccionamientos prácticos. Así, pues, la ley primitiva, que ya fué del Estado, ha ido siguiendo los progresos de los tiempos, merced á sucesivos acuerdos ó *actas* sanitarias del Parlamento, jamás de los Municipios y mucho menos de cada uno de estos por su cuenta, lo cual daría origen á una anarquía sanitaria como la que aquí existe, pero nunca al admirable sistema sanitario inglés, que no es un libro ó una ley sino el conjunto armónico de muchas, relativas todas á la higienización pública, con que ellos figuran en este punto á la cabeza de todas las naciones, poseyendo un organismo sanitario técnico, homogéneo y autónomo envidiable; allí, cualquier causa de insalubridad, notada en la aldea mas insignificante, es perseguida sin descanso, hasta por el Departamento de Sanidad de la Administración

Central, de Londres, si no lograron descubrirla y aislarla las dependencias sanitarias subalternas, todas conectadas con el citado departamento, y es extinguida á expensas del Estado, si no bastaron para conseguirlo los fondos del municipio y de la región; allí, lo que se busca, y para llenar este fin práctico está hecha la legislación sanitaria, no para escribir documentos mas ó menos pomposos é inútiles y para mantener funcionarios mas ó menos encopetados é incapaces, allí está hecha para que la acción sanitaria del Ayuntamiento avise y complete la del Estado en conocer y remediar con urgencia las causas de insalubridad, locales ó generales que afligen al país, procurando en todo él y de manera permanente la defensa y la prosperidad de la salud pública, *suprema ley*.

Nosotros, en cambio, señores, vivimos en una perpétua anarquía sanitaria, incorregible al parecer, como ya indiqué y voy á demostrarlo, citando algunos casos *oficiales*, antiguos y modernos. Todos sabeis, por ejemplo, que la red de alcantarillado que tenemos en Madrid es insuficiente y deficiente, pues consiste en una ó varias series de conductos subterráneos, que no merecen siquiera el nombre de sistema, ni bueno ni malo, ya que no realizan ningún plan fijo en cantidad ni calidad, puestos con el objeto, ó la intención al menos, de conseguir un resultado que no se cumple ni remotamente; pero lo que no sabeis todos, y conviene, sin embargo, que se sepa y no se olvide, porque es demostración palmaria de que aquí hubo siempre aptitudes é inteligencias, aunque esterilizadas siempre también por la falta de criterio fijo, por la eterna anarquía en que nos agitamos; lo que conviene que se conozca bien es que en 1734, el ingeniero español Alonso de Arce presentó al rey Felipe V un curioso y notabilísimo proyecto completo de saneamiento de Madrid, en el cual, adelantándose á su tiempo, con ciencia é ingenio extraordinarios, figuraba ya un perfecto sistema de *minas* ó alcantarillas, con descargas automáticas de agua, acometidas á las casas con sus correspondientes sifones hidráulicos, absorbaderos inodoros, ventilación, registros, etc; en suma: todo aquello reconocido como conveniente y necesario por la ciencia sanitaria contemporánea y por lo cual seguimos suspirando inútilmente hoy todavía, aunque ya entonces el rey y algunas autoridades acogieron con gran favor el proyecto; pero sucedió lo que ocurre aquí con todo lo nuevo y más todavía si es cosa racional

y práctica: que el entusiasmo primero se trocó pronto en desvío, al que no dejarían de contribuir seguramente los compañeros del autor, y que éste y su proyecto cayeron en el mayor y mas injusto de los olvidos. Hoy conservamos algunos pocos un recuerdo de aquello y alimentamos la esperanza de que tal vez algún día aparezca otro Arce con un nuevo proyecto de saneamiento práctico... y se olvide también sin realizarlo, si han de ser españoles al uso los encargados de hacerlo.

Porque somos así y así seguimos; ayer, como quien dice, en 1901, se publicó un Real Decreto, nada menos, por el Ministerio de la Gobernación, el 31 de Octubre, lo recuerdo muy bien, recomendando á los Ayuntamientos de las capitales de provincia y á las poblaciones con más de 20000 habitantes, que procurasen *montar* (así dice el decreto y lo repito, aunque el término no parezca muy propio), un Negociado de Sanidad, «donde se registren y despachen, además de otros motivos referentes á la salud pública (también dice *motivos* el decreto), y al empadronamiento sanitario de las viviendas, cuanto concierne á la declaración de enfermedades infecciosas y al empleo de los medios desinfectantes»; esta disposición ministerial y regía no se ha cumplido hasta la fecha por ningún Ayuntamiento de España, y cuenta que el de Barcelona es quizás el único que tiene organizados, científica y racionalmente, los servicios sanitarios...

Pero hay mas todavía: por el mismo Ministerio de la Gobernación, se dictó en 13 de Julio de 1901 una Real orden sobre saneamiento de edificios públicos ó de uso público, fijando reglas precisas para ello, reproduciendo las que estaban ya en vigor en Madrid desde 1888, publicadas entónces en un bando de la Alcaldía, y conminando con severas penas á los propietarios que en el plazo máximo de un año no cumpliesen lo mandado, que es en realidad muy conveniente aunque no nuevo, como lo tenía ya probado el bando aquel de la Alcaldía; pues bien, todavía, á estas horas, en el mismo Ministerio de la Gobernación, donde se redactó la Real orden, no se han hecho las obras dispuestas por ella... De manera que véase si es difícil aquí *realizar* nada en materia de saneamiento, cuando los primeros que faltan á las disposiciones sanitarias vigentes son los mismos que las dictan y debieran ser los más obligados á cumplirlas y hacerlas obedecer.

Vamos, pues, cuanto antes y procuremoslo todos con empeño, por patriotismo y por humanidad, como medida previa indispensable, á

conseguir una verdadera ley científica y completa de Sanidad ó Higiene pública, análoga á las que rigen ya en *todos* los demás países de Europa; entónces, con esa ley, sujeta á orientaciones fijas, marcadas con arreglo á la ciencia sanitaria contemporánea, tan racional y tan práctica, sabremos á qué atenernos, será posible obedecer, y podremos pensar seriamente en intentar la «Higienización de Madrid», empezando por hacer sólidas y permanentes las cuatro bases cardinales sobre las que ha de apoyarse, si ha de ser eficaz, tamaña empresa, como todas las similares suyas, y que son las siguientes:

- 1.^a Abastecimiento de aguas potables y de consumo para lavados, baños, etc ;
- 2.^a Desagües y aprovechamiento ó esterilización de las usadas;
- 3.^a Subsistencias; su pureza y baratura; y
- 4.^a Desinfección y limpieza públicas.

Bajo estos cuatro epígrafes cardinales, pueden comprenderse é incluirse en los subtítulos necesarios todos los demás detalles que completarían la higienización de esta corte; en el primero y el segundo, por ejemplo, podrian entrar naturalmente, todos los relativos á construcciones urbanas, en el tercero los de salubridad, análisis é inspecciones de mercados, mataderos, etc., y en el cuarto los referentes á inspecciones sanitarias de escuelas, empadronamiento de viviendas, embellecimiento, ornato é higiene de la vía pública, etc. Pero todo esto, repito y no especifico más, ha de permanecer aún, desgraciadamente, en la categoría de aspiración ideal, sin que pueda pensarse en conseguir nada práctico y permanente mientras no exista la tantas veces citada Ley de Higiene pública, iniciada, aprobada é impuesta á todo el país por el Estado. Entretanto, nos limitaremos á lamentar una vez más su ausencia, á recomendar de nuevo que se haga, puesto que ilustres personalidades me honran escuchándome, como nuestro querido Presidente, que tanto pudieran contribuir á conseguirlo, por las altas posiciones que sus merecimientos les han creado, y á decir, con la brevedad posible algunas palabras sobre lo que tenemos en cada uno de aquellos cuatro grandes epígrafes, y acerca de lo que debiéramos tener y cómo sería esto hacedero, procurando poner de manifiesto siempre la trascendencia vital que estos asuntos ofrecen para toda la nación y en especial para Madrid, que es nuestro objetivo presente.

La cuestión del abastecimiento de las aguas necesarias en Madrid para bebida y para los diferentes usos indispensables de la vida social, constituye una triste relación en la que se ponen de manifiesto nuestra constante imprevisión y nuestra ignorancia incorregible en cuanto con la Higiene pública se roza. Surtíase de antiguo esta capital con el agua que proporcionaban trece manantiales, llamados *vijas*, cuatro bastante caudalosos y nueve secundarios, que en conjunto daban unos 3 millones de litros por día, y varios pozos, cuyas aguas son en general poco apropiadas para la bebida, aunque lo sean en cierto modo para limpiezas y para algunos usos industriales; total, que Madrid llegó á contar con más de 200000 habitantes y correspondían á cada uno, entre unas y otras aguas, 10 ó 12 litros diarios, cantidad exígua que no bastando, ni mucho menos, para satisfacer las mas apremiantes necesidades, no sólo era causa de continuas lamentaciones por parte de las personas inteligentes, por las numerosas deficiencias de todas clases que ocasionaba, sino que contribuyó mucho también á fomentar los hábitos de suciedad y abandono que todavía persisten demasiado hoy día.

Por fin, se decidió el Gobierno á remediar por su cuenta el daño y en 24 de Junio de 1858, cuando ya tenía Madrid 250000 habitantes, saltó el surtidor de la fuente que casi todos los presentes hemos conocido en la Puerta del Sol, con lo cual se inauguró oficialmente el Canal de Isabel II ó del Lozoya, que es el que sigue surtiendo á la capital; el primer depósito, construido entonces, era muy reducido, pues sólo tenía una capacidad de 58000 metros cúbicos; pero como las necesidades no eran muy grandes y las canalizaciones del interior eran nuevas, aunque el depósito mismo y la canalización exterior fuesen bastante defectuosos, no se perdía mucho líquido, y durante varios años pudo creerse que estaba resuelto el problema del agua; pronto, sin embargo, se reprodujeron los conflictos por diversas causas que no es preciso especificar, aumento de población y necesidades, pérdidas del líquido, abusos, y se hizo necesario un segundo depósito mayor que el anterior, que se inauguró catorce años después, aun cuando su falta se notaba mucho antes y que es el único que hoy funciona, pues el primero se inutilizó hace ya muchos años y el tercero tardará algunos todavía en quedar terminado. Es decir, que habiéndose gastado más de 10 millones de pesetas en las obras

del Canal, resulta que sólo unos cuantos años, pocos, estuvo Madrid bien dotado de aguas y que aún hoy, en que se sigue gastando mucho dinero, estamos bastante mal en ese tan importante asunto, porque como las obras del segundo depósito, el que sirve, se hallan ya en estado poco satisfactorio y muy atrasadas las del tercero, Madrid no tiene, ni con mucho, el agua que paga y que en teoría debiera tener, primero, por los grandes desgastes que bajo la acción del tiempo ha sufrido el depósito, que además se halla descubierto, como una gran parte del Canal, lo que ocasiona una evaporación enorme, y segundo por los desperfectos de las cañerías, que enterradas desde hace muchísimos años, sin renovarse más, puede decirse, que los trozos que van inutilizándose, están expuestas á incesantes riesgos por la apertura de zanjas para el tendido de cables eléctricos, conducciones de gas, etc., pues en Madrid ya sabéis que todo eso vá buenamente enterrado de cualquier manera, sin zanja ni galería alguna permanentes, y así ocurren tantas roturas y filtraciones, que además no se advierten muchas veces hasta después de largos plazos en los que el agua perdida, minando la tierra y socavando los cimientos de los edificios, produce verdaderas inundaciones ó extensos hundimientos, de los cuales las autoridades y el público tienen noticia simultáneamente por los periódicos. Baste decir, para probar nuestra incuria, que existen hoy en Madrid todavía mas de cuatro mil casas sin agua, por falta de presión ó de cañerías.

Todas estas deficiencias hicieron evidente la necesidad de un tercer depósito que pudiese bastar por sí sólo para asegurar á Madrid una buena dotación de aguas y empezaron las obras del que actualmente se está construyendo y que es de desear termine pronto, aunque también es de desear que se haga algo serio para mejorar las condiciones de la canalización intraurbana, sin lo que, por grande que sea el depósito, no habrá nunca suficiente agua para bebida, industrias, higiene y limpiezas, que son los fines á que debe responder todo abastecimiento bien pensado y dispuesto.

Cuando estén terminadas las obras del tercer depósito y pueda realizarse en buenas condiciones el almacenaje, conducción y distribución del agua para los diferentes servicios, este vital problema, que es el eje de toda higienización, estará casi resuelto, con 200 litros por habitante y día, pues el depósito podrá suministrar 100000 metros cúbicos.

cos diarios, y no faltará mas para resolverlo por completo que establecer una buena administración y suprimir abusos y corruptelas. Por ejemplo: supresión del caño libre y uso de contadores, para que se pague toda el agua que se consuma por particulares, corporaciones y Estado; pero reduciendo las tarifas á la base, como precio máximo, de un céntimo de peseta por hectólitro y día, con lo cual subirían los ingresos desde 1250000 pesetas anuales, á que ascienden hoy, hasta 3507000, según ha demostrado en un notable estudio el ilustrado ingeniero señor Inchaurreandieta. Mas para conseguir esto en forma, y yo entiendo que si pudiera hacerse, sería indispensable que la administración del Canal pasase al Ayuntamiento, única entidad que puede vigilar en regla el exacto cumplimiento de las prescripciones determinadas por las modernas ideas sobre higiene y salubridad urbanas, pues el Estado, que debe sí, facilitar todos los medios conducentes á que las poblaciones todas y Madrid entre ellas, disfruten de una abundante dotación de aguas, no puede ni debe intervenir directamente en el empleo y distribución locales de éstas, que son incumbencias naturales y privativas de los Municipios, incluso la de poder subarrendar los servicios á una Compañía ó Empresa explotadora, que ofrezca cuantas garantías puedan exigírsele; y este es el criterio que preside para el abastecimiento de aguas en Londres, París, Berlín, Bruselas y otras muchas importantes capitales, cuyo ejemplo en este punto creo que debiéramos imitar y nos sería de grandísimo provecho: protección, auxilio y garantía del Estado; administración directa y exclusivamente municipal, ó bien cedida en todo ó en parte por el Ayuntamiento á una Compañía idónea, solvente y responsable.

Á este punto de la dotación de aguas con arreglo al número de habitantes y á la multiplicidad de los servicios urbanos, que es hoy el norte primero y capital que debe regir todo proyecto de higienización, sigue otro también importantísimo, cuya solución satisfactoria se halla íntimamente relacionada con aquél, y es el que se refiere á los desagües, á la expulsión y aprovechamiento ó esterilización de las aguas usadas, tan perjudiciales para la salud pública si no se las trata debidamente.

Madrid arroja diariamente al río por sus alcantarillas de 30 á 32 millones de litros de aguas de desecho, según los cálculos hechos en 1896 por el distinguido ingeniero señor don Sergio Novales, en una

interesante memoria que acompañaba á su proyecto de colector general, no menos interesante, y en la cual ya demostraba la necesidad que existe, no sólo de recojer bién las aguas de nuestras alcantarillas sino de conducir las en forma adecuada lejos de la población para que no perjudicasen la salud y la vida de los habitantes de Madrid y de los pueblos ribereños, como ocurría y sigue ocurriendo.

Es, en efecto, necesario, que esa enorme masa de materiales nocivos se evacue rápida é íntegramente y que tal evacuación se realice con sujeción á un sistema apropiado que asegure la efectividad del fin sanitario que se pretende conseguir; no como aquí viene sucediendo, que dejamos encomendado, ó poco menos, ese importante servicio, á las lluvias, *cuando llueve*, y al pobre y exhausto río Manzanares, que no tiene corriente ni para lavarse á sí mismo, viéndose que la zona dénsamente poblada y cada día más extensa que corre por ámbas márgenes del río, está convertida en un poderoso foco de infección para cuantos viven por allí y han de respirar las pestilentes emanaciones de las aguas fecales que constituyen casi el caudal del río, produciendo un exceso de mortalidad en los moradores de aquellas barriadas y de seguro en los de otros pueblos vecinos, todo lo cual hace indispensable que se piense en la adopción de un buen sistema completo de desagües: ya en el citado del señor Novales, ya en el presentado por el laborioso arquitecto señor Jalvo, ya en el del inteligente ingeniero municipal señor don Valentín Gómez y Julián, que todos esos proyectos y otros más existen, lo cual indica que si el asunto no se resuelve no es por falta de personalidades y de iniciativas técnicas, sino por culpa de otras personas...

El sistema de alcantarillado existente en Madrid, no responde á ningún principio, como decía antes, y resulta imperfectísimo en todos sus aspectos. Constituye solamente una parte insignificante, é inaceptable en todo, del proyecto general de alcantarillado que en algún tiempo se pensó llevar á efecto y que tal vez por entonces hubiera respondido á algo; pero cuya ejecución, siempre lenta, se fué demorando más cada día y en lugar de aprovecharse esa lentitud y esa demora para modificar, mejorándolo, el proyecto primitivo, con arreglo á los continuos progresos de las ciencias sanitarias, se ha persistido en el error y hoy puede asegurarse que las alcantarillas de esta capital, sobre ser caras y malas, son una perturbación y un peligro

para la salud pública, ántes bien que una defensa contra numerosas causas de enfermedad, como debieran serlo si la construcción y el desarrollo de esas utilísimas canalizaciones obedeciesen á un plan medianamente concebido y ejecutado, empezando por suspender desde luego las obras pendientes, que sólo sirven para agravar el daño, pues ya que faltan por construir más de 100 kilómetros todavía, de los previstos en el antiguo proyecto, los cuales costarán más de seis millones de pesetas, y ya que tenemos aún más de 400 calles sin alcantari-lla y 93 que sólo la tienen en parte, vale la pena de suspenderlo todo y estudiar los sistemas conocidos para adoptar entre ellos el que parezca mejor y llevarlo á la práctica inmediatamente, sin más vacilaciones ni aplazamientos.

En la ciudad de la Habana, existe ahora un Departamento de Sanidad muy bien montado, que se desconocía por completo cuando dicha ciudad era española, como se desconoce hoy mismo en todas nuestras ciudades, y en él, entre otros funcionarios técnicos de diversas especialidades, prestan servicio varios *Ingenieros sanitarios*, carrera desconocida aquí en España, cuyos titulares, por otra parte, tan atendidos y considerados en otros países, aquí se morirían de hambre; pues bien: el digno Jefe de la división de Ingenieros del citado Departamento, señor don Cristino Figuerola, ha publicado un folleto muy interesante sobre estos extremos, del cual tuvo la atención de remitirme un ejemplar, y en él, refiriéndose á la Habana, hace constar algo lamentable, análogo á lo que nosotros hicimos constar y lamentamos con respecto á Madrid. Las obras para la captación y conducción de aguas potables hasta la Habana, son admirables; el acueducto de Vente, proyectado y dirigido por el ingeniero señor Albear, hace ya muchísimos años, es magnífico; pero en cuanto las aguas penetran en el recinto de la capital, todo son dificultades é inconvenientes: ni la canalización para distribuirla en las casas, ni la propia para dar salida á las usadas, responden á plan ninguno, ni satisfacen medianamente siquiera las necesidades; y cita el caso típico de los 23000 pesos gastados en 1894 por aquel Municipio en un trozo de alcantari-lla, cuyo objeto no se ha podido averiguar aún.

Como nosotros; sólo que allí, gracias á las nuevas corrientes reinantes, tienen ya la fortuna de contar con un plan completo de reorganización y de reformas sanitarias, que expone en su folleto el

distinguido Ingeniero, las cuales, ván dando ya fruto y pronto lo darán completo...

—Aquí, en cambio, tenemos todavía cerca de 2000 pozos negros y un procedimiento para la extracción de materias fecales de estos pozos que vosotros los que me escucháis, habréis visto y *olido* funcionar, que es de lo más primitivo en el género y que no responde no ya á lo que recomienda la técnica industrial y sanitaria, sino al decoro elemental de una ciudad culta, como se efectúa en todas partes donde ha sido imposible suprimir estas fosas fijas, que es á lo que debe tenderse y se ha logrado donde quiera que funciona una Administración previsora é ilustrada, cuidadosa de la salud pública.

Urge, pues, estudiar un sistema de desagües, directo, neumático é hidráulico y único ó doble, y elegir el que parezca mejor dentro de las condiciones económicas y de localidad, solicitando el auxilio del Estado para implantarlo seguidamente, comprometiéndose el Municipio á satisfacer los plazos que le correspondiese pagar en anualidades sucesivas y á exigir á los particulares el cumplimiento de las leyes sanitarias en lo relativo á la vigilancia y entretenimiento de las alcantarillas, con sus correspondientes absorbedores herméticos y ventiladores elevados en lo que á él respecta, así como por parte del vecindario, en lo referente á la unión hidráulica de la red de desagües de cada casa con la general de la población.

Algo de esto último, pero sólo de esto último, se hace ya en Madrid, merced á un Bando de la Alcaldía Presidencia publicado en 1898 y del cual no me corresponde hablar á mí por razones personales de intervención directa que todos conoceis y que pudieran tal vez dar apariencias de parcialidad á mis palabras; baste decir que ese bando, que contiene lo único sério y ejecutivo de higiene urbana vigente en Madrid, empezó á cumplirse luchando con una formidable y general oposición, en la que llegó á tomar parte hasta algún Alcalde de esta villa, apesar de la cual y apesar de que su ejecución y cumplimiento están encomendados á una Junta técnica modestísima, sin atribuciones, sin sueldos, sin personal auxiliar casi, es tal la virtud y la eficacia de estas medidas de higiene, que el bando se vá imponiendo sin violencia, que lo cumplen gustosos los que al principio se mostraban mas opuestos á él y que personas del todo ajenas á estas cuestiones comprenden ya y solicitan sus beneficios, pasando hoy de 300

las casas que, gracias á ese Bando, tienen establecido el sistema de desagües domésticos mas perfecto que se conoce, ó sea el de *tout á l'égout*; y es que en estas mejoras sanitarias é higiénicas, además del elemento científico, que sólo está al alcance de los profesionales é ilustrados, existe otro de comodidad y de bienestar inmediatos, que todo el mundo experimenta en seguida y ansía disfrutarlo; lo que se requiere es iniciativa y buen deseo en la autoridad para plantear la reforma, y tacto y perseverancia para sostenerla, en los encargados técnicos de hacerla cumplir.

Respecto al tercer punto de las reformas generales que Madrid necesita para entrar en la vía de su higienización, tan remota hoy por hoy como indispensable, ó sea el de las subsistencias, es preciso establecer una subdivisión; pero no os asusteis, porque aún estableciéndola, para no faltar al programa que ofrecí al principio, os ofrezco ahora aligerar todo lo posible y abreviar cuanto me sea dable, pues bien se me alcanza que si vuestra benevolencia no tiene límites, debo ponérselos yo á este discurso que vá resultando ya demasiado largo para vuestro tiempo y para el mío.

La cuestión de las subsistencias, en sus relaciones con la higienización de la capital, por lo que se refiere á la influencia que ellas ejercen en conservar la salud y prolongar la vida de los pobladores, presenta dos aspectos: el primero es el conseguir los géneros alimenticios de buena calidad y libres de adulteraciones para que nutran en vez de envenenar al consumidor como pasa aquí con la leche; el segundo es obtenerlos baratos, para que los artículos de primera necesidad no se conviertan en manjares de lujo, como hoy sucede en Madrid con el pan y con la carne.

Para conseguir lo primero es indispensable organizar en forma inspecciones técnicas, competentes y constantes, en tiendas, fábricas, etc., y hacer que esa investigación vaya seguida de sanciones penales inmediatas, decomiso de géneros adulterados, publicación del sitio en que se expendían, fijando en éste carteles manifestándolo, é imponiendo multas, y hasta cerrándolos, á los establecimientos reincidentes, que es lo que se hace ya en todas partes y lo único que puede justificar la existencia de los Laboratorios municipales y compensar los gastos que su sostenimiento ocasiona. Aquí, por ejemplo, tenemos uno maravilloso como local, según dicen los afortunados



que han logrado ver el que se inaugurará en breve, y asombroso como escuela de análisis, según sabemos todos, sin mas que ver las interminables listas de ellos que publica en su *Boletín*, porque hasta tiene un periódico propio y todo, declarando que todos casi los artículos alimenticios que se consumen en Madrid están adulterados y son, por consiguiente, mas ó menos nocivos para la salud del vecindario; lo que no dice nunca ese *Boletín*, ni lo dice ningún otro periódico, lo cual hace que se nos caiga el alma á los piés á cuantos trabajamos de buena fé por la higienización de Madrid, es quiénes són los culpables de la falta y qué castigos se les impusieron: en ninguna tienda de Madrid hemos tenido el gusto todavía de ver un cartelito impreso, como se vén en Italia y en otros países, donde tal vez no se analice tanto ni se descubran tantas adulteraciones como aquí, diciendo para que todo el mundo lo vea, lo sepa y *escarmiente*: «Este establecimiento ha sido incapacitado por tanto tiempo para expender tal ó cuales sustancias porque del análisis practicado por el Laboratorio municipal en las muestras recojidas, resultó que aquéllas eran impropias para el consumo»... La fecha y el sello del Laboratorio.

El nuestro, con su magnífico local, con su enorme presupuesto, enorme comparado con lo que gasta el Municipio en otros servicios sanitarios, tanto ó más útiles que ese, y con su personal numerosísimo y heterogéneo de médicos, veterinarios, boticarios, químicos, etc., será todo lo admirable que se quiera; pero es mas bién una institución docente de análisis químico, para practicarlos en sustancias constantemente adulteradas, propia de una Universidad, que un centro de comprobación de adulteraciones, á fin de corregirlas, que sería lo propio de un Municipio; y de esto claro que no tiene toda la culpa el Ayuntamiento de Madrid, *todá*, entiéndase bién, pues mucho pudiera hacer para mejorarlo un Alcalde que se propusiera seriamente conseguirlo con los medios disponibles hoy, sino que la tiene en primer término la falta de esa Ley de Salud pública á que antes aludía y que nunca llega, en la cual se reorganizarían los Laboratorios sobre bases científicas racionales, no dejándolas al capricho de cada Ayuntamiento, como pasa ahora, haciendo obligatorios los análisis é inspecciones é imponiendo penas que influirían sobre el comerciante, haciéndole vender los géneros en buenas condiciones para el consumo, y sobre el público consumidor, obligándole á fijar-

se, por muy indiferente ó ignorante que fuese en la calidad de ellos.

Voy á tratar ahora, con gran rapidez también, del segundo punto, ó sea el relativo á la baratura de los artículos de primera necesidad; punto tan importante que aquí mismo, donde no solemos fijarnos mucho en los de esta índole económicosocial, por importantes que sean, ha merecido ya fijar la atención de los poderes públicos en repetidas disposiciones, recordadas varias de ellas por el Alcalde actual poco después de ocupar el cargo, aunque ninguna ha llegado, por desgracia, ni antes, ni ahora, á realizarse; me refiero al establecimiento cerca de Madrid de alhóndigas, depósitos comerciales diversos, y paradores y dehesas municipales para el ganado con destino al Matadero; todo esto, que lo harían, sin duda, empresas particulares con sobrados capital y garantías, si el Municipio no quisiere intentarlo por su cuenta, es seguro que rebajaría los precios de los alimentos, que bajarían aún más si el Ayuntamiento hiciese contratos especiales con las Compañías de transportes, para conseguir ventajas en las tarifas de arrastre de aquellos mas indispensables, como el trigo, los ganados, las patatas, el vino y el aceite, desde ciertas comarcas productoras hasta la capital, procurando, por último, para completar el plan de reducir los precios, eximir de tributos é impuestos á los artículos que son la base de la alimentación del proletariado, aún cuando fuese á costa de recargar algo los que pudiéramos llamar de lujo, siquiera yo, como higienista, entienda que nada es lujoso, en el sentido de supérfluo, tratándose de purificar y abaratar los alimentos.

Algo de esto último, y muy plausible por cierto, se hizo ya por nuestro Ayuntamiento al discutirse los presupuestos que hoy rigen, siendo Alcalde nuestro digno Presidente, el señor Aguilera, y por iniciativa del distinguido Concejal, hoy Teniente de Alcalde, señor don Federico Bas, que también me dispensa la honra de escucharme; aceptándose entonces una proposición suya en la que se estudiaban los medios de descargar en gran manera de abrumadores tributos á varios de dichos artículos, aumentando, en justa compensación, los que satisfacían otros, no tan indispensables. Yo no recuerdo bien si la proposición prosperó del todo, apesar de los esfuerzos del Alcalde y de su autor por defenderla, aunque sí sé que fué muy discutida dentro y fuera del Municipio; pero es indudable que representaba un generoso intento en este aspecto importantísimo de la higienización

de Madrid y es de esperar que nuestros Municipios, teniendo en cuenta propósitos tan laudables, tenderán sin descanso en lo sucesivo á consolidar esa importante mejora, que ha de redundar en seguro beneficio de las clases pobres, las más numerosas, las más necesitadas y aquéllas cuya salud más debe interesar, si en esto puede haber grados, á las autoridades, pues ellas son las que proporcionan mayor número de víctimas y más rápida difusión á las mortíferas enfermedades infecciosas.

Respecto al cuarto y último punto que me propuse tratar, «Desinfección y limpieza públicas», he de empezar manifestando que su importancia capital en el problema de la higienización de un pueblo se evidencia sólo con decir que sus procedimientos, bién organizados y cumplidos, ejercen una acción eficaz y directa sobre los gérmenes contagiosos é infecciosos y sobre el mefitismo urbano, agentes funestos de mortalidad que diezman las grandes poblaciones cuando no se lucha contra ellos con constancia é inteligencia. En Madrid, ambos servicios, el de desinfección y el de limpiezas, son deficientísimos.

La desinfección, está reconocido en todas partes, es admirable por su eficacia para la extinción de gérmenes y focos infecciosos; pero á condición, si sus resultados han de ser tangibles, de que debe ejecutarse con plan y método, extendiéndose sus efectos y perseverando en ellos: la base primera de un buen sistema de desinfección, es la declaración obligatoria, por parte de los médicos, de las enfermedades infecciosas; la segunda es la existencia de hospitales ó pabellones de aislamiento; y el complemento de ambas, la garantía para el particular y el médico asistente, de que la desinfección está bién hecha, es demostrarlo, por medio de diagramas y de termómetros fusibles, y con la multiplicidad de los centros ó estaciones de desinfección, para facilitar las operaciones: nada, ninguna de esas cosas tenemos ni se hace aquí...

Los esfuerzos repetidos de muchos Alcaldes, algunos Ministros y todos los Ayuntamientos, no han logrado todavía dar á la desinfección pública en Madrid una forma práctica y verdaderamente útil, porque la única medida de carácter general y obligatorio que se ha dictado en la materia, la desinfección de los cuartos desalquilados, ni siquiera esa, muy plausible por otra parte, se obedece y cumple con rigor, ni resolvería mas que en mínima proporción el problema, aunque se practicase en regla; pero con esto sucede algo análogo á lo

que decíamos hablando de la mortalidad: no es necesario entrar en detalles estadísticos, sino que basta ver las causas permanentes *y evitables*, de mortalidad que subsisten, para comprender que muere muchísima mas gente de lo que debiera; basta ver cómo el servicio de desinfección está montado y funciona, sin entrar en detalles, que aquí, además, serían impertinentes, para comprender que es imposible que realice la misión que debe cumplir, y que aún concediendo al personal que lo desempeña mucha laboriosidad y muy buen deseo, cualidades que gustosos le reconocemos, es imposible, en otros aspectos de la cuestión, que dé cima debidamente á su delicado cometido, que exige, como se hace en todas partes menos aquí, y baste por ahora con esta indicación, la intervención directa de un médico, único facultativo que puede y debe certificar en el diagnóstico, curso y *tratamientos*, actual y consecutivo de las enfermedades infecciosas ó nó.

Existe una ciudad, Lisboa, que debiera servirnos de ejemplo y modelo en muchas cosas, como pueden certificarlo varias personas que me escuchan, aunque, por desgracia no sea entre nosotros tan conocida como debiera serlo por nuestro propio interés, donde el importante servicio de la desinfección pública está admirablemente montado, según he tenido ocasión de escribirlo, hasta con carácter oficial, antes de ahora; allí, todas las ropas y objetos domésticos usados que se venden en prenderías, casas de préstamos, almonedas, etc., son desinfectados *préviamente*; incluso esos zapatos que parecen nuevos, pero en cuya fabricación entran piezas de otros viejos, como algunos que se venden aquí en el Rastro y en la calle de Toledo, han de llevar el marchamo del puesto de desinfección, y ésta se *verifica* también *metódicamente*, no sólo en los cuartos desalquilados, sino en todas las casas en que ocurre una defunción y en todos los establecimientos colectivos, públicos y privados.

Aquí se desinfecta una escuela, únicamente cuando han ocurrido en ella casos de alguna enfermedad infecciosa; pero desinfecciones *metódicas*, á *plazo fijo*, en escuelas, mercados, casas de socorro, cuarteles, etc., no se han hecho jamás, aunque al hablar de cuarteles debo hacer una salvedad y la consigno muy gustoso: nuestra Sanidad militar ha adquirido en asuntos de higiene un desarrollo notable durante estos últimos años, que la coloca al envidiable nivel de las extranjeras más adelantadas; de manera que los cuarteles, insta-

lados casi todos en edificios vetustos é improprios para su objeto, dejan, en cambio, poco que desear desde el punto de vista de la higiene, en todo lo que depende del ilustrado Cuerpo de Sanidad militar; en todos se hacen desinfecciones periódicas, en todos está prohibido escupir en el suelo, etc., etc.; si esto no ocurriera debería el Ayuntamiento vigilarlo, ya que los cuarteles son de los establecimientos colectivos que más cuidados higiénicos necesitan en garantía de la salud pública.

Pero ya que, gracias á la previsión de la Sanidad militar, que le dá tan buen ejemplo, se vé el de Madrid libre de esa carga, debería extremar la previsión higiénica en los establecimientos análogos que por ministerio de la ley, ó por carecer de otra tutela sanitaria dependen de él, como escuelas de todas clases, asilos, conventos, mercados, etc.; y si por escasez de recursos ó elementos no puede intentarlo hoy, reorganice los servicios médicosanitarios como lo llevó á cabo el de Barcelona, usando de las atribuciones que le conceden las leyes vigentes, hasta darles una distribución racional, como lo es la que tienen allí, muy superior á la nuestra. Allí tuvieron la fortuna de acertar hace tiempo con una división científica y práctica de los servicios médicosanitarios municipales: la desinfección depende, como es natural, de la sección de Higiene urbana, que aquí no existe, y á cuyo frente se halla un médico higienista de reconocida competencia, dedicado por completo á tan importante especialidad; al frente del Laboratorio, completado con un notable servicio para la obtención de sueros y vacunas, se halla el ilustre doctor Ferrán, de reputación europea, con el personal auxiliar correspondiente de químicos y otros peritos; y aparte de estas dos Secciones, funciona la de Beneficencia, separadas las tres y en forma que cada una pueda realizar su misión propia, á las órdenes inmediatas del Alcalde, ó de un Delegado directo suyo, sin que existan la acumulación y los rozamientos y las deficiencias que en otros municipios reinan, con evidente perjuicio de los servicios médicosanitarios importantísimos que les están confiados.

Para que la desinfección pública produzca beneficios positivos, es necesario, ó bien multiplicar las estaciones destinadas al objeto, como sucede en París, ó bien facilitar las comunicaciones y los medios de transporte con la estación única, como ocurre en Lisboa y en Viena, por ejemplo; ninguna de esas condiciones se realiza aquí, como

sábeis, donde el servicio adolece de otros inconvenientes de personal y material, conocidos de todos y que no considero necesario ni oportuno especificar ahora una vez más; pero cuyos resultados negativos saltan á la vista, aún de los menos versados en estas cosas.

Por otra parte, un mediano servicio de desinfección pública, ha de estar ayudado, para ser algo eficaz, con la declaración obligatoria, por parte de los médicos, de las enfermedades infecciosas y contagiosas, como medida previa, y con la instalación de hospitales de aislamiento, para trasladar á ellos los enfermos de esa clase, como medida consecutiva, procediéndose inmediatamente á desinfectar los vehículos, efectos y locales que usaron ó en que estuvieron; y tampoco existe aquí nada de eso, resultando, por ende, con este servicio, algo parecido á lo que decíamos tratandó del Laboratorio en las subsistencias: que aun siendo magnífico y trabajando muchísimo, lo que se gasta en sostenerlo hoy, no corresponde al rendimiento útil que proporciona á la salud pública del pueblo de Madrid, siendo también necesaria en este punto una radical transformación de lo existente, la cual debiera constar y consignarse en la tantas veces echada de menos é indispensable ley general de Higiene pública.

En cuanto á limpieza urbana, Madrid es en la actualidad, seguramente, la capital de Europa más atrasada é indecorosa, no vacilo en afirmarlo. Hace algunos años, se arrendó ese servicio á una empresa extranjera que trajo material y procedimientos modernos y perfeccionados; pero un Alcalde suspendió al poco tiempo violentamente sus trabajos, embargándole el material, sin tener previsto nada mejor, ni regular siquiera, con que sustituirlos, y la verdad es que si la empresa lo hacía mal, extremo que se resolverá cuando termine un pleito larguísimo, de esós á la española, que está entablado, desde entonces acá la cosa anda mucho peor.

El sabio Dr. Pettenkofer de ilustre memoria, pues él fué el creador de la moderna Higiene experimental, que tantos beneficios reporta á los pueblos que saben aprovecharla, calcula en 567 kilogramos por año y habitante los detritus, las basuras, que arroja de sí una gran población, en excrementos sólidos, restos de cocinas, desperdicios y cenizas, que no sólo deben ser alejados de las ciudades, sino destruidos ó utilizados industrialmente; París tiene contratado el servicio de extracción de basuras, en cantidad de 600000 toneladas anuales,

sin contar el estiércol recogido en las vías públicas; y algo por el estito ocurre en todas las demás grandes capitales cultas.

Aquí, en cambio, el servicio de limpiezas puede decirse que está confiado, *providencialmente*, á diez ó doce mil traperos que por las mañanas temprano entrán en Madrid con sacos remendados, borriquillos típicos ó carros desvencijados y ya bien entrado el día se marchan llevándose lo que pueden, ayudándoles en la faena los barrenderos de la Villa que, dados su número y organización, hacen más de lo que humanamente pudiera esperarse; pero, con grave perjuicio para la higiene y la salud públicas de esta corte, no se ha pensado seriamente por nadie todavía, al parecer, en un sistema práctico de recoger, alejar y aprovechar ó inutilizar esas basuras. En Francia y Alemania, por ejemplo, donde suelen arrendarse estos servicios, está reglamentado el modo de sacarlas de las casas y de recogerlas en las calles, así como la distancia, siempre considerable de las poblaciones, á que deben estar los depósitos, á 40 ó más kilómetros; y en otros países, donde esto no es posible, como sucede en ciertas ciudades inglesas y americanas, se tiene mandado que las basuras sean sometidas á la cremación en hornos apropiados, ó esterilizadas por el calor á 150° ó puestas en depósitos superficiales con una capa de tierra vegetal encima, de 50 centímetros de altura por lo ménos... Aquí tenemos 82 vertederos particulares, todos próximos á la población, á 4 ó 6 kilómetros lo más, y otros 3 municipales, cercanos también, en los que se vierten las basuras por las mañanas y allí se quedan al aire libre, pudiéndose lentamente y desprendiendo toda clase de emanaciones nocivas, hasta que ván llevándoselas los agricultores vecinos para abonar sus tierras.

Hoy se halla al frente del «Servicio de limpiezas», que así le llamamos abusando de nuestra imaginación meridional, un Concejal muy celoso, que hace esfuerzos constantes para conseguir algo que represente mejoras en el aseo de la capital y la aproxime en este punto á otras de España y del extranjero; todos habreis notado que ahora ván cubiertos los carritos de mano que usan los barrenderos y que algunos de éstos, con cojedores y escobas, limpian constantemente la vía pública en los sitios y horas de mayor tránsito. Todo esto representa un loable esfuerzo por parte de tan celoso Concejal; pero es preciso hacer más y realizar algo de lo que sirve ya de norma en todas par-

tes: una reglamentación formal y completa para que tan importante servicio se realice en regla, incluso arrendándolo otra vez, porque, repito, que cuando lo estuvo marchaba todo mejor que hoy y se hubiera completado en mejor, sin duda alguna, pues es preferible el Ayuntamiento como inspector ó vigilante, con derecho á multar y corregir, que como ejecutor, sin que nadie le inspeccione, ni pueda corregirle á él.

Aquí hubo un Alcalde hace poco tiempo, del cual no puede decirse, me consta, que demostrase grán celo por las cuestiones de higiene, aunque sí lo manifestó, según dicen sus amigos, por mejorar la hacienda municipal; pues bien: este señor publicó una Memoria en la cual probaba matemáticamente, las matemáticas eran su fuerte, que en Madrid, con los medios disponibles, no se barría, ni podía barrerse cada día, más que una décima parte escasa de la población... Me refiero al señor marqués de Aguilar de Campoó, y le nombro respondiendo al movimiento de curiosidad que en vosotros observo; pero como las aficiones y aptitudes de ese señor eran de y para hacendista, ni resolvió, ni mejoró el problema, porque para elló hubiera sido preciso aumentar el presupuesto del ramo y él tendía á conseguir la nivelación ante todo y sobre todo. Yo temo mucho que si no viene algún día un Alcalde que se decida á prescindir de las trabas que impone un presupuesto nivelado y ó bien por medio de uno extraordinario ó bien con cargo á los sucesivos, no señala partida suficiente para atender á este servicio de limpiezas, ya que no lo arriende, que sería lo mejor, y con él á todos los demás de la higienización de Madrid, este problema seguirá siendo un mito para su solución y continuaremos eternamente sometidos al procedimiento de barrer cada día una décima parte de la ciudad, con el correspondiente exceso diario de enfermos y de muertos.

Estas son, pues, las cuatro bases cardinales sobre que debe descansar, para ser viable, cualquier proyecto serio de higienización de Madrid, y de ellas pueden con facilidad deducirse todos los detalles complementarios, que llevarían el plan al mayor grado de perfección, hasta en los aspectos de comodidad y ornato, tan íntimamente ligados con el sanitario; la beneficiosa iniciativa, por ejemplo, de un señor Concejal, el señor de Arcas, que presentó al Ayuntamiento una proposición pidiendo el establecimiento utilísimo de baños y lavaderos

públicos, económicos ó gratuitos, ha tenido que permanecer incumplida por las dificultades propias del abastecimiento de aguas, y otras muchas mejoras por el estilo no se realizan por deficiencias en esa y en las otras bases que hemos expuesto y que hacen cara y difícil la vida en Madrid, porque no se les concede la atención positiva que merecen; es preciso que nos decidamos todos, en la esfera personal de cada uno, á realizar algo práctico, algo siquiera, dejándonos ya de hablar tanto, y de amenazar ridículamente á los microbios con proyectos y más proyectos que no pasan nunca del papel y que sólo sirven para acreditarnos cada vez más de charlatanes vanidosos. Hay que modificar, ó derogar, en primer término, ese famoso artículo 72 de la Ley municipal y dictar, por lo menos, mientras no se llega á la Ley de higiene ó salud públicas, que sería lo óptimo, dictar disposiciones parciales, dejando sin efecto muchas de las que hoy existen y que son otros tantos obstáculos para la reforma sanitaria á la moderna, ya que no pueda aspirarse, según parece, yo creo que sí, á mejorar por reales decretos y órdenes muchas cosas, con criterio moderno.

Es preciso hacer algo práctico que demuestre siquiera en los que están arriba, conocimiento de la i necesidades y deseo formal de satisfacerlas, no sólomente ganas de hablar para salir del paso. El año pasado se ofreció con toda solempnidad desde la *Gaceta* una ley sobre «abastecimiento de aguas de consumo, evacuación de las residuales y protección de las corrientes», y ésta es la fecha en que tal ley no ha parecido todavía, ni serviría de nada aunque la tuviéramos, careciendo como carecemos de una organización sanitaria técnica y autónoma: más valiera que el legislador, en vez de *prometer* esa ley que, ó era él muy ignorante ó sabía ya que no iba á pasar de proyecto, hubiera *cumplido* una mínima parte de ella, respecto á Madrid, que en abastecimiento, evacuación y protección sigue estando cada día peor, con la circunstancia agravante de que tales procedimientos de ignorancia ó mala voluntad en los gobernantes hacen perder la fé y la esperanza á los propagandistas más entusiastas, y la caridad á los filántropos más generosos, que tal vez surgiese alguno, como se presentan en otros países, si creyese que aquí se daría buen empleo á los donativos que hiciese en pró de la salud é intereses generales. Para merecer la confianza del país y obtener el apoyo de la opinión pública, hay que empezar porque este Gobierno ú otro, el primero que

venga, animado de verdadero patriotismo, encargue en forma práctica, á la inglesa, á una comisión compuesta de personas competentes, y sin distinción de partidos, como obra nacional sin miras políticas, la redacción de un plan completo de reorganización sanitaria, con arreglo á las orientaciones científicas y sociales dominantes en la higiene moderna, para que las gentes todas se convenzan de que se estudia y se trabaja, comprometiéndose todos los jefes de agrupaciones políticas á llevar la obra al Parlamento y sacarla de allí triunfante en breve plazo, cuando esté terminada, como lo hizo en Francia un estadista insigne con la vigente «Ley de protección de la salud pública»; como aquí pudieran y debieran hacerlo otros, entre los que debo nombrar á nuestro ilustre Presidente, el señor Aguilera, que tanto y tan merecido prestigio gozan en las altas esferas y en el país entero.

En el libro publicado hace poco en la Habana, por el señor Figueroa, á que ya me he referido, y en otros de la misma procedencia, sorprende ver los progresos que en materia de higiene, ahorrando enfermedades y fallecimientos, se han realizado últimamente en aquel país; el Estado lleva á cabo los servicios más caros de caracter general y los Ayuntamientos se encargan de hacer que los particulares se sometan á ellos y completen su fin útil; en la Habana, por ejemplo, construido el alcantarillado, se ha exigido á los propietarios de fincas urbanas el saneamiento de las casas, procediéndose por brigadas de operarios municipales á verificarlo, con cargo á los alquileres, cuando los dueños se han mostrado reacios, con pretextos numerosos, como los que aquí emplean, y allí empleaban ántes, inadmisibles todos ante los intereses supremos de la salud pública y los generales de la población que saneada ya, sin viruela y sin fiebre amarilla hace dos años, que era endémica allí hacía doscientos, goza de un bienestar extraordinario en todos los órdenes administrativos y se está desarrollando, en habitantes y riqueza, de una manera pasmosa, aunque muy comprensible y natural por otra parte.

Y para terminar, señores; es preciso luchar con ahinco, y vencerlos, contra esos tres fantasmas pavorosos, constante rémora aquí de todo progreso y obstáculo para toda reforma útil, entre las que debe figurar la sanitaria en primer término; contra la rutina, los intereses creados y los derechos adquiridos. Para que la higienización de Madrid sea algún día un hecho, es preciso acabar antes con esa rutina

que hace cuestión municipal el saneamiento de las grandes ciudades, que es cuestión nacional, por lo menos, y de humanidad; es necesario acabar también con todos los intereses parciales, creados ó creados, como la luz bizantina, que se opongan á los generales de la defensa social contra las enfermedades y las muertes *evitables*; y es indispensable, por último, proclamar muy alto que el derecho supremo, superior á todos, por bien adquiridos que estén, es el que tienen los individuos y las colectividades, el primero que debe garantizarles el Estado, á la salud y á la vida. **HE CONCLUIDO.**

PUBLICACIONES SOBRE HIGIENE, ORIGINALES DEL AUTOR

- Los Hospitales en Inglaterra, Noruega y Francia.*—Madrid, 1887.
- La primera cura, con un botiquín de urgencia.*—Premiada con medalla de plata en la Exposición universal de Barcelona y declarada reglamentaria para la Marina de guerra.—Madrid, 1888.
- Catagena. Estudios topográficomédicos de la localidad é históricomédicos y clínicos de la epidemia de cólera que sufrió en 1885*—Madrid, 1891.
- De las inspecciones sanitarias fronterizas en general y particularmente de la establecida en Irún en 1892. (Agosto-Diciembre)*—Madrid 1893.
- De la epidemia reinante en Lisboa y de la defensa sanitaria fronteriza adoptada por España contra la misma.*—Madrid, 1894.
- Nota acerca de la desinfección pública.*—Leída en 1894 ante el VIII Congreso internacional de Higiene y Demografía.—Budapest, 1895.
- El VIII Congreso internacional de Higiene y Demografía.*—Madrid, 1895.
- Fernando Pío. Observaciones médicas é higiénicas.*—Madrid, 1898.
- Sobre la depuración del agua potable á bordo, por los aerifiltros Mallié, de porcelana de amianto.*—Madrid, 1898.
- Desinfección domiciliaria, oficial y privada*—Madrid, 1898.
- Guía práctica, higiénica y médica del europeo en los países tórridos (Filipinas, Cuba, Puerto Rico, Fernando Póo, etc.)*—Madrid, 1898.
- Entretipicos. Una campaña sanitaria, higiénica y médica, en la Estación naval del golfo de Guinea en 1896-97.*—Madrid, 1899.
- De los servicios sanitarios y de los heridos á bordo en las guerras marítimas contemporáneas*—Madrid, 1899.
- El cuerpo de Sanidad de la Armada y los Hospitales de Marina en Francia y en Italia*—Madrid, 1899.
- La Higiene municipal en varias capitales secundarias de Europa (Turín, Burdeos, Marsella, Génova y Barcelona)*—Impresa por acuerdo del Excmo. Ayuntamiento de Madrid, 1899.
- Los fétros metálicos no son antihigiénicos. Informe científico razonado*—Madrid, 1899.
- La peste bubónica en Oporto (1899-1900)*—Memoria publicada de Real orden.—Madrid, 1900.
- Necesidad de modificar en sentido expansivo la legislación internacional vigente sobre la peste bubónica.*—Comunicación leída en el X Congreso internacional de Higiene y Demografía.—París, 1900.
- La higiene pública en España.*—Madrid, 1901.
- Las epidemias*—Defensa moderna, social é individual, contra las principales.—Barcelona, 1902.
- Nuestras colonias de Guinea.*—Consideraciones técnicas, sociales y políticas.—Madrid, 1902.
- La protección de la salud pública en los países latinos (Francia, Italia, Portugal y España).*—Estudio de legislación sanitaria comparada, publicado como *Apéndice* en la obra *Madrid bajo el punto de vista médico-social*, del Dr. Ph. Hauser.—Madrid, 1902.
- Conveniencia de establecer Dispensarios antituberculosos, como medio seguro y económico de mejorar la resistencia vital de los clases proletarias y disminuir así la excesiva contribución de mortalidad que directa é indirectamente proporcionan á la tisis.*—Comunicación leída y defendida en francés por el autor, ante la Sección 15 del XIV Congreso internacional de Medicina, (Higiene, Epidemiología, y Ciencias sanitarias técnicas) como contribución á la lucha contra la tuberculosis, muy adelantada ya en todos los demás países civilizados y que se inicia ahora en España.—Madrid, 1903.